

Jamie Oliver

Billy
y la
aventura
GIGANTE

Ilustraciones de Mónica Armiño

GRANTRAVESÍA



Este libro es para todos los niños que tienen dificultades
en la escuela, o que son disléxicos, como yo.

Nunca perdáis la esperanza. ¡Confiad!

¡Tenéis el poder de ver el mundo de maneras que nadie
más verá! Encontrad vuestro propio modo, como Billy.

¡El Modo Billy-Boy!



Te presento a Billy y sus amigos



Billy



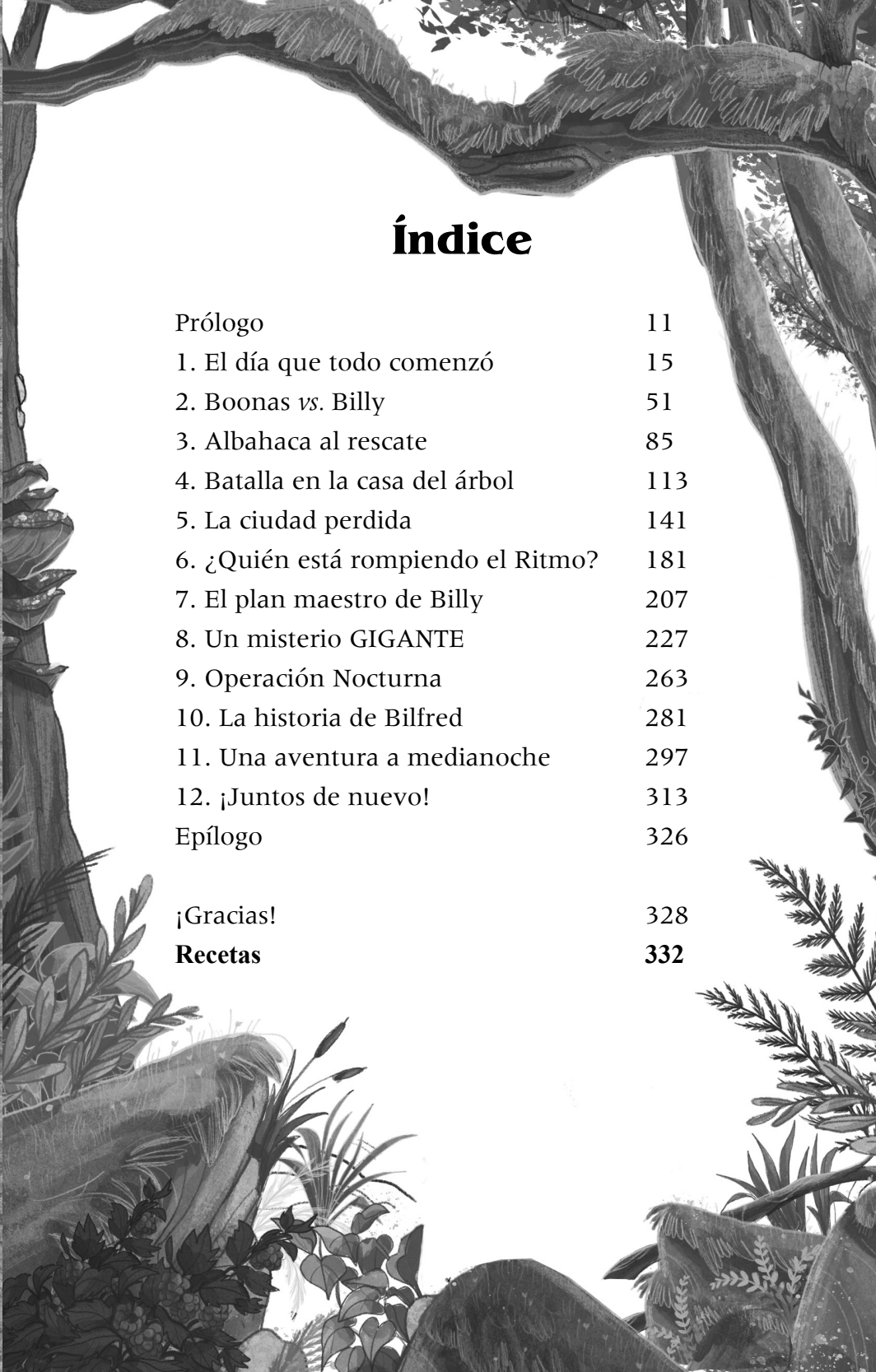
Anna



Jimmy



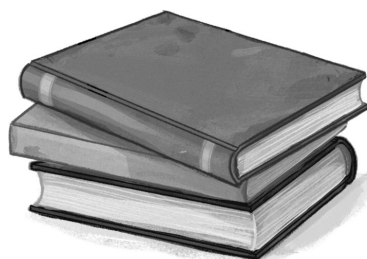
Andy



Índice

Prólogo	11
1. El día que todo comenzó	15
2. Boonas vs. Billy	51
3. Albahaca al rescate	85
4. Batalla en la casa del árbol	113
5. La ciudad perdida	141
6. ¿Quién está rompiendo el Ritmo?	181
7. El plan maestro de Billy	207
8. Un misterio GIGANTE	227
9. Operación Nocturna	263
10. La historia de BILFRED	281
11. Una aventura a medianoche	297
12. ¡Juntos de nuevo!	313
Epílogo	326
¡Gracias!	328
Recetas	332



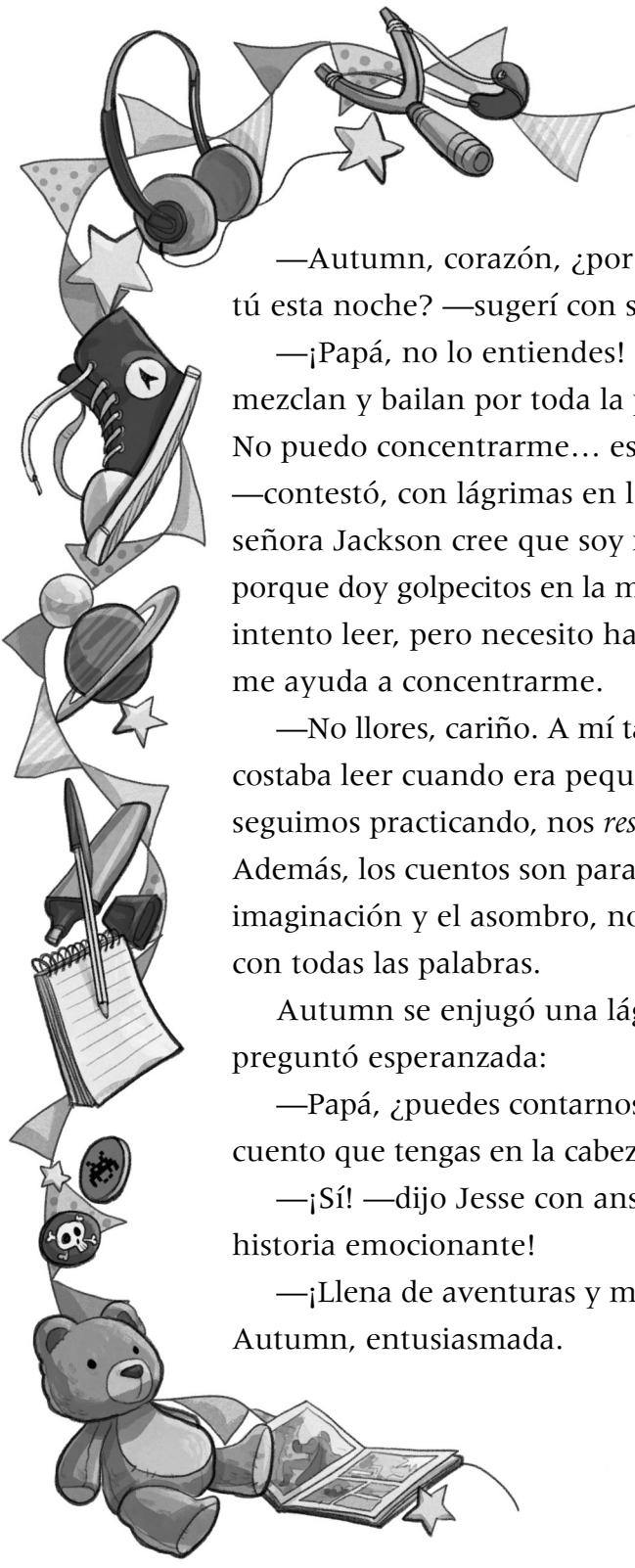


Prólogo

-¡Bien! ¿Quién quiere un cuento?
¿A quién le toca elegir nuestro libro
esta noche? —pregunté.

Una mano emocionada se levantó disparada
—Jesse, como de costumbre—, seguida por
otra mano ligeramente menos entusiasta de su
hermana melliza, Autumn.

A Jesse le encantaban los cuentos a la hora
de dormir, sobre todo, si eso significaba que
él podía elegir el libro que leerían conmigo.
Autumn era mucho menos entusiasta. No es que
no le gustaran los cuentos, sino que leer no le
resultaba tan fácil como a su hermano.
Yo entendía exactamente cómo se sentía,
pero no quería que se rindiera.



—Autumn, corazón, ¿por qué no lo eliges tú esta noche? —sugerí con suavidad.

—¡Papá, no lo entiendes! Las palabras se mezclan y bailan por toda la página. No puedo concentrarme... es tan frustrante —contestó, con lágrimas en los ojos—. La señora Jackson cree que soy maleducada porque doy golpecitos en la mesa cuando intento leer, pero necesito hacerlo porque eso me ayuda a concentrarme.

—No llores, cariño. A mí también me costaba leer cuando era pequeño, pero si seguimos practicando, nos *resultará* más fácil. Además, los cuentos son para compartir la imaginación y el asombro, no para acertar con todas las palabras.

Autumn se enjugó una lágrima y preguntó esperanzada:

—Papá, ¿puedes contarnos esta noche un cuento que tengas en la cabeza?

—¡Sí! —dijo Jesse con ansias—. ¡Una historia emocionante!

—¡Llena de aventuras y magia! —añadió Autumn, entusiasmada.

—Mmmm... —fingí que estaba pensando—. ¿Una aventura emocionante y mágica?

Los niños guardaron un silencio lleno de expectativas.

—Bien, tal vez os cuente la *verdadera* historia de algo que sucedió allá por los años ochenta, cuando yo tenía más o menos vuestra edad.

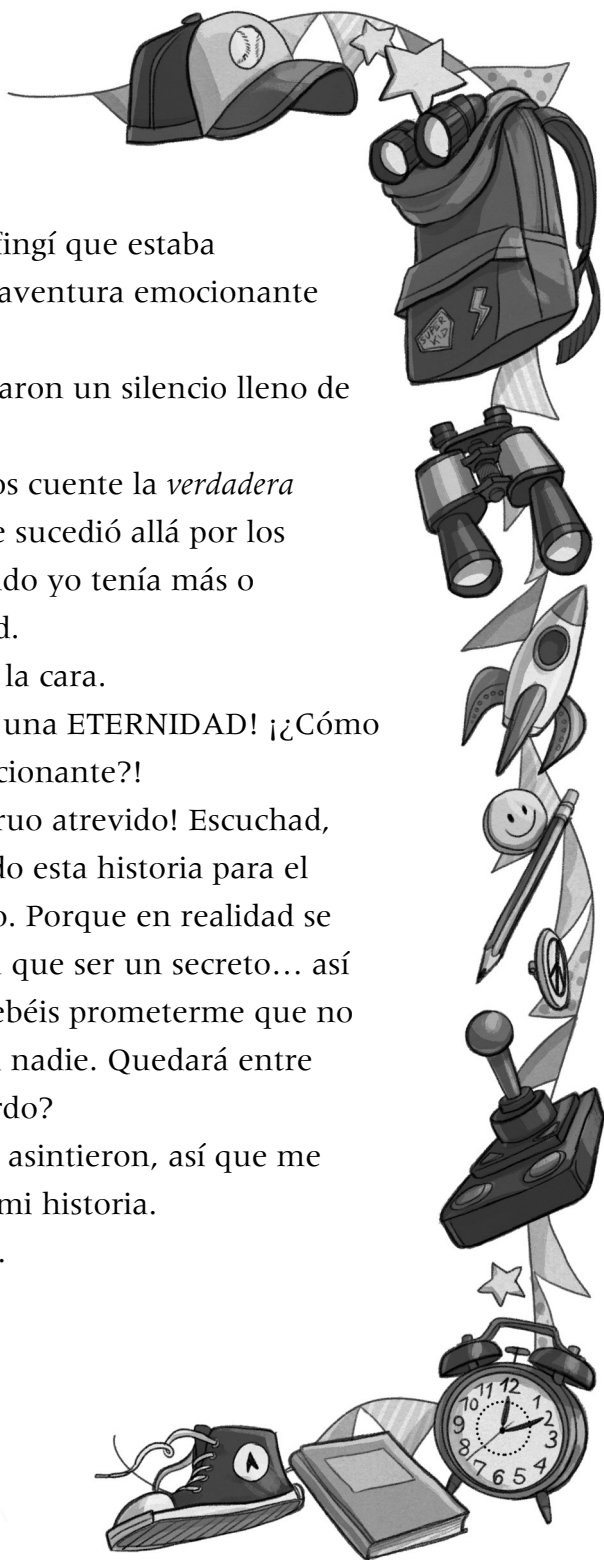
Autumn arrugó la cara.

—¡Eso fue hace una ETERNIDAD! ¡¿Cómo eso podría ser emocionante?!

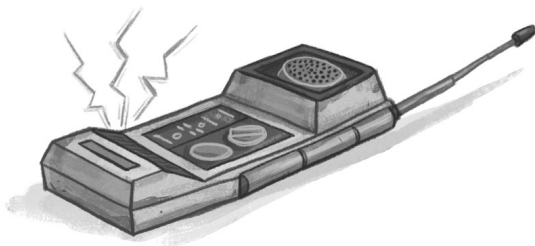
—¡Oye! ¡Monstruo atrevido! Escuchad, he estado guardando esta historia para el momento oportuno. Porque en realidad se supone que tendría que ser un secreto... así que vosotras dos debéis prometerme que no se la vais a contar a nadie. Quedará entre nosotros, ¿de acuerdo?

Autumn y Jesse asintieron, así que me dispuse a empezar mi historia.

—Empecemos...







Capítulo 1

El día que todo comenzó

—**iB**illy! ¡Hora de levantarse!
Billy se acurrucó más profundamente bajo su edredón, intentando silenciar la voz que lo estaba sacando de su sueño perfecto con el más delicioso beicon...

—Vamos, Billy. ¡Es sábado! ¿Sabes lo que eso significa?

—¡Que no hay escuela! —gritó Billy, levantándose de un salto y olvidando al instante todo pensamiento de sueño.

—Sip, no hay escuela —dijo su madre, asintiendo. Lo besó en la mejilla y le apartó la melena rubia de la cara.

En su mano había un plato con crujiente beicon ahumado sobre el panecillo suave y esponjoso, lo cual explicaba el delicioso sueño que había tenido Billy. ¡Su madre hacía los MEJORES sándwiches

de beicon! El secreto eran las salsas roja y marrón: así podías sumergir el panecillo en las dos para mezclarlas y crear una insuperable sensación mágica de sabor.

—¿Sabes qué, mamá? —dijo Billy con una sonrisa, cogiendo el pan—. Creo que hoy va a ser un buen día.





Billy vivía con su madre y su padre en un pequeño pueblo en el campo llamado Little Alverton, encima de un bar llamado El Gigante Verde, que se encontraba en lo alto de la colina que dominaba el pueblo. Todos los fines de semana estaban muy ocupados en el bar, lo que significaba libertad para Billy y, por lo general, pasaba el tiempo con sus tres mejores amigos del mundo entero: Anna, Andy y Jimmy. Los cuatro siempre habían sido inseparables y hacían todo juntos: salían a pasear en bicicleta, inventaban juegos, pasaban el tiempo por ahí y se divertían mucho.

Billy era quien hacía más tiempo que conocía a Anna y se habían convertido en mejores amigos desde el primer momento. Anna era intrépida, intensamente leal y sabía cómo hacer reír a Billy, hasta cuando estaba de muy mal humor. De alguna manera, el simple hecho de estar cerca de Anna hacía que Billy se sintiera más valiente y audaz.

Andy había sido el siguiente en unirse a la pandilla. A Billy le encantaba que Andy siempre fuera él mismo y se sintiera feliz en su pequeño mundo. Andy también era la única persona que Billy conocía que adoraba la comida casi tanto como él... ¡aunque el inmenso apetito de su amigo a menudo



provocaba desafortunados, y en ocasiones explosivos, efectos colaterales!

Y luego, un par de años atrás, Jimmy se había mudado al pueblo, proveniente de Londres («un *cockney*»,¹ se llamaba a sí mismo, aunque los demás no sabían qué significaba eso) y los tres mejores amigos se convirtieron rápidamente en cuatro. Jimmy era enérgico y estaba lleno de vitalidad, pero también estaba seriamente *obsesionado* con la naturaleza... ¡a tal grado que se había ganado el apodo de Niño Naturaleza! Jimmy había aprendido por su cuenta todo lo que había que saber sobre animales, insectos y plantas, y estaba contentísimo de haber dejado la ciudad de asfalto y, por fin, vivir rodeado de naturaleza.

Les había enseñado a sus amigos un montón de cosas que estaban justo en la puerta de su casa y que ellos ni siquiera habían notado. Jimmy creía que se podía encontrar todo un reino animal bajo cada hoja y rama. Su frase favorita era: «¡Mira más de cerca y presta atención!». Siempre decía que si hacías eso podrías descubrir las cosas más asombrosas.

¹ N. de la T.: es una forma común en la que los ingleses nombran a las personas provenientes de Londres, en particular cuando vienen del barrio East End, uno de los más representativos de la ciudad.

¿Y Billy? Si les preguntabas a sus amigos, te decían que era leal y amable, y que tenía un corazón muy grande. Siempre intentaba ponerse en el lugar de los demás y entender cómo veían ellos el mundo. A Billy también le ENCANTABAN las herramientas y los aparatos. Cuando no estaba con sus compañeros, solía pasar el tiempo en su casa del árbol tratando de arreglar cosas rotas o de convertirlas en algo nuevo. Tal vez no siempre terminaba consiguiendo *exactamente* lo que había planeado, pero, aun así, los inventos de Billy siempre parecían útiles.

Debido a la fascinación de Jimmy por la naturaleza, Billy y sus amigos habían convertido en su misión el descubrir la mayor parte posible de su pequeño pueblo. Pero había un área que todavía no habían explorado... el Bosque de la Cascada. Corría a lo largo de los límites del pueblo y se extendía durante kilómetros y kilómetros. Nadie iba nunca ahí porque estaba rodeado por un alto muro de piedra que hacía casi imposible entrar y salir. Sin embargo, incluso si ese muro no se hubiera construido, la mayoría de la gente del pueblo habría evitado ese lugar porque durante muchos años se había hablado de sucesos extraños y criaturas peligrosas.



Todas estas historias habían tomado peores matices gracias al viejo Wilfred Revel, cuyo jardín trasero daba al bosque. Día tras día, Wilfred se plantaba junto a la reja de su retorcida y destartalada cabaña —la antigua puerta de entrada— y le advertía a la gente que no se alejara demasiado del camino ni se adentrara en el bosque.

En una ocasión, Billy había oído a su madre y su padre hablando acerca de que Wilfred había perdido algo que quería hacía mucho tiempo. Billy no estaba seguro de a qué se referían, pero no pudo preguntárselo... pues habría tenido que admitir que estaba escuchando a escondidas. Todos los niños (y algunos adultos) del pueblo le tenían miedo a Wilfred, pero a Billy en realidad no le asustaba; simplemente se sentía triste porque el viejo parecía estar muy solo.

Sea como fuere, más o menos un mes antes, había caído una ENORME tormenta, y al día siguiente, mientras paseaba a su perro Conker, Anna había descubierto una entrada secreta por encima del muro. La tormenta había provocado que un viejo olmo se derrumbara, y Anna —que siempre era la primera en lanzarse a cualquier tipo de aventura y que disfrutaba subiéndose a



los árboles (¡casi tanto como ganarles a los chicos en el fútbol!)—, no había podido resistirse a investigar. Había encontrado una rama particularmente útil que podías estirar hacia atrás, doblar y encajar mientras subías por ella. Luego, cuando la soltabas, la rama te catapultaba por encima del muro para dejarte caer con suavidad sobre un mullido trozo de musgo.

Anna estaba muy emocionada cuando se lo contó a Billy, Jimmy y Andy, y el sábado siguiente se habían pasado todo el día practicando cómo saltar el muro y cómo regresar de allí. Sin duda, había que tener habilidad para ello, y todos acabaron con bastantes rasguños y moratones. Incluso Andy, con su miedo a las alturas y a los árboles, se las había arreglado para conseguirlo, aunque le costó un poco de trabajo soltarse de la rama una vez que se encontró sobre el muro...

Volver desde el otro lado también había resultado bastante complicado, hasta que Jimmy tuvo la idea de apilar algunas ramas caídas en ese lado del muro para facilitar la salida.

Aquel día no habían ido más lejos, pero ahora que disponían de esta ingeniosa forma de entrar, Billy había decidido que tal vez había llegado el momento de explorar el bosque y averiguar si las historias eran ciertas. Con todo un sábado de libertad por delante, ¡ése era el día de la aventura!

—¿Algún receptor?, aquí Tisanóptero, buscando quién me copia. Cambio —*Tsccechhhhh.*
El *walkie-talkie* de Billy crepitó con la voz de Jimmy.

Había sido idea de Anna que ahorraran para comprar los *walkie-talkie* (después de que se metieran en líos con sus padres en demasiadas ocasiones porque debían pagar enormes facturas de teléfono), y Billy había encontrado la manera de conectarlos a su antena de televisión para tener más potencia, alcance y claridad.

—Tisanóptero, aquí Hamburguesa Uno —dijo Billy, entre bocados de sándwich de beicon—. **Chicos, creo que hoy deberíamos ir al bosque. Pero no sólo ir y volver, ¡vamos a explorar! Cambio.**

—¿Y qué hay de todas esas historias de criaturas peligrosas? Debe haber una razón por la que la gente no va allí. Cambio —dijo Jimmy.

—Gata Insolente recibiendo... Acabo de regresar de mi reparto de periódicos —llegó la voz de Anna, claramente sin aliento—. **¡Yo creo que es una gran idea! Cambio.**

—Te copio, Gata Insolente —respondió Billy—. **Vamos, Tisanóptero, ¡estaremos bien si nos mantenemos juntos! Cambio.**

—Pero... Andy está de vacaciones, así que no estaremos todos juntos. Cambio —replicó Jimmy, tratando de escabullirse del plan.

—A él no le importará. Vamos, ¡hagámoslo!
Gata Insolente, nos vemos en tu casa en
quince minutos y de ahí nos vamos a casa de
Tisanóptero. ¡Llevad algo de comer! Corto y
cambio —dijo Billy, despidiéndose antes de que Jimmy pudiera lanzar otra protesta.

Con el plan hecho, Billy se zampó el resto de su pan y corrió a su habitación para prepararse. Llenó la mochila de provisiones extra (para lo cual hizo una parada rápida en la cocina del bar, por supuesto, a fin de coger a escondidas algo de comida para más tarde), antes de correr a por su bicicleta BMX.

Era un día soleado y bajó la colina a toda velocidad, alejándose del bar y en dirección a la casa de Anna, donde ella vivía con su familia adoptiva. Billy iba feliz, haciendo saltos de conejo y caballitos por el camino, cantando a pleno pulmón (aunque, para ser sinceros, lloriqueando sería una mejor descripción) cuando, de la nada, una bolsa de basura medio llena salió volando por los aires y lo golpeó justo en la espalda, tras lo cual quedó cubierto del apestoso líquido de la basura. Billy cayó sobre el césped, se raspó las rodillas y se estrelló de cabeza contra un árbol.

A través de una neblina llena de estrellitas, vio un par de grandes botas que se dirigían hacia él y

levantó la mirada para encontrar a Bruno Brace, un chico de la escuela que era un conocido abusón. Sus dientes estaban tan torcidos que debía usar un enorme soporte metálico para alinearlos de nuevo.

—¡Oye! —gritó Bruno—. ¡Deja de pasar con tu estúpida bicicleta delante de mi casa y deja de hacer ese ruido espantoso! ¡Es tan molesto! No vuelvas a pasar jamás por mi puerta, ¿entendido?

—Vamos, Bruno —Billy suspiró mientras Bruno se alzaba sobre él—. Todo el mundo usa este camino, no puedes enfadarte conmigo.

—¡Sí. Claro. Que. Puedo! —gruñó Bruno, dándole un empujón a Billy—. Tú eres demasiado feliz. Me exasperas. Piérdete.



Bruno le dio la espalda y se marchó dando fuertes pisadas.

Billy se frotó las rodillas ensangrentadas y doloridas, luego volvió a montarse a su bicicleta y se dirigió a casa de Anna.

—¡Oye, Billy! —dijo Anna cuando su amigo se detuvo frente a ella—. ¿Estás bien? ¡*Puaj!* Hueles un poco raro. Y pareces un poco triste.

—Estoy bien... Bruno me ha lanzado una bolsa de basura... y sólo porque pasaba por su casa cantando un poco, en mi bici—dijo Billy.

—¡¿Por qué se pasa el día molestandote?! ¿Quieres que vaya y lo ponga en su lugar? Yo me encargaré de él —dijo Anna, enfurecida.

—No, olvidemos este asunto y vamos a divertirnos.

—Vamos entonces, Billy —respondió Anna con una sonrisa, dándole un pequeño abrazo.

Los dos salieron a toda velocidad en sus bicicletas y un rato después llegaron a casa de Jimmy. Una casa casi de ensueño en medio del pueblo, que incluso tenía un pequeño arroyo que corría en un lateral. Jimmy siempre estaba en el arroyo pescando peces espinosos, salamandras, ranas y todo tipo de cosas maravillosas para estudiarlas después.

Unas semanas antes, la BMX de Jimmy había sido aplastada por un tractor justo fuera de su casa.

Con la ayuda de Billy, Jimmy había hecho todo lo posible por arreglarla y le habían puesto las llantas de la bicicleta de carreras de su padre, pero tenía un aspecto ridículo y sólo duró una semana antes de quedar totalmente inservible, tras lo cual Jimmy se había quedado sin bicicleta.

Cuando sus amigos se acercaron, Jimmy se subió a los estribos de la bicicleta de Billy para viajar en la parte de atrás.

Los amigos atravesaron el pueblo; las casas y la gente parecían una mancha borrosa mientras pasaban volando por la carretera. Cuando estaban frente a la cabaña de Wilfred Revel, Billy vio al anciano en su puerta, como era su costumbre.

—¡Tened cuidado! —gritó Wilfred—. No os vayáis a meter en líos...

Los tres amigos se miraron nerviosos entre ellos, y Billy no pudo evitar un suspiro de alivio cuando la voz del anciano se desvaneció a sus espaldas. Sin embargo, cualquier pensamiento de ansiedad sobre lo que podría acechar en el bosque quedó en el olvido en cuanto llegaron al olmo y la emoción por la aventura que les esperaba se activó.

Guardaron las bicicletas en una zanja, fuera de la vista, se subieron a la rama elástica y se catapultaron por encima del muro hacia el bosque.

—Necesitamos seguir el camino de la naturaleza —les dijo Jimmy a sus amigos, mientras se ponía al frente para dirigirlos—. Éste nos llevará a algún lugar sumamente interesante.

—¿*El camino de la naturaleza*? ¿A qué te refieres con eso? —preguntó Billy.

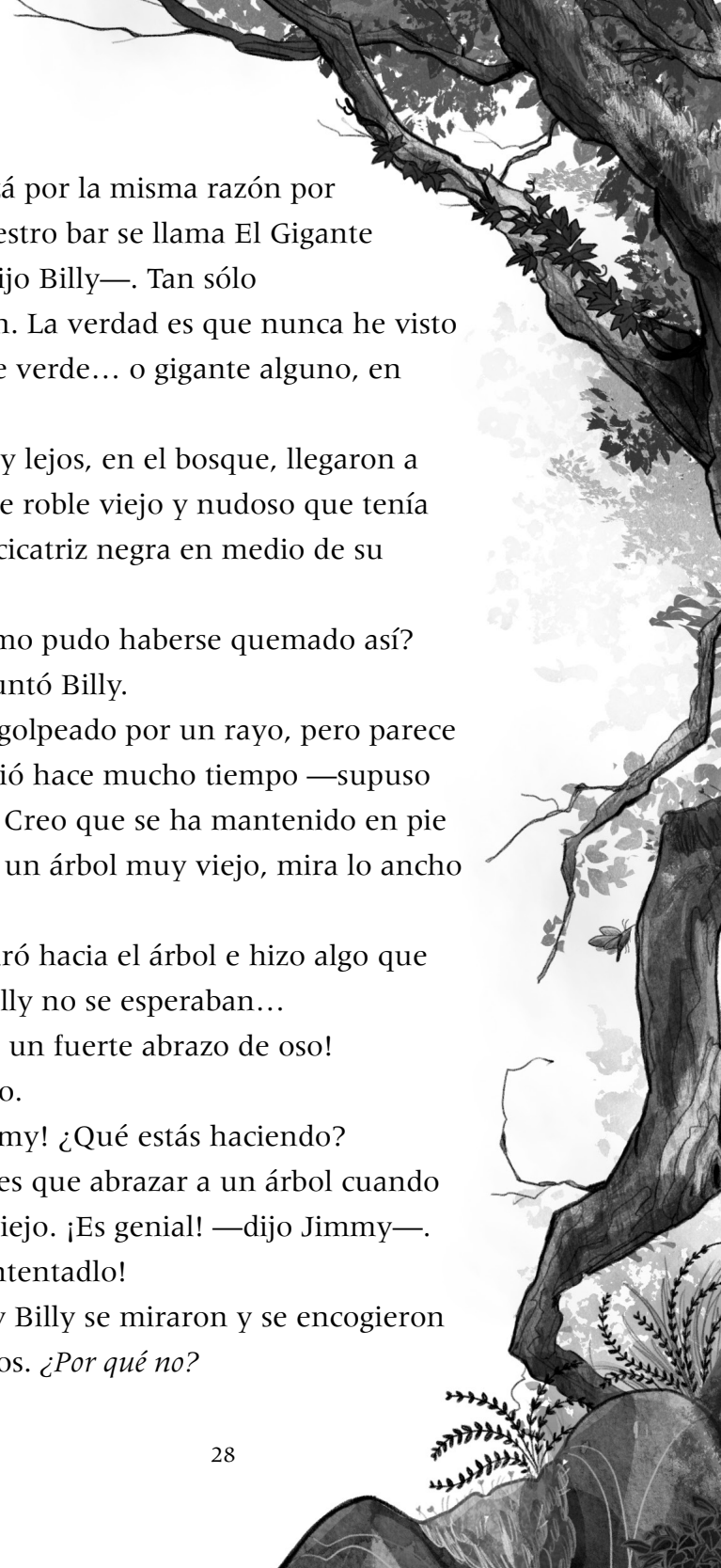
—Sí, yo no veo ningún camino, Jimmy —añadió Anna.

—¿Recordáis lo que siempre digo? ¡Mirad más de cerca y prestad atención, asquerosas comadreeeeeeeejas! —respondió Jimmy, usando uno de sus dichos favoritos—. ¿Veis ahí, entre la maleza? Hay un montón de pequeños caminos creados por animales que los utilizan una y otra vez. Ésos son los caminos de menor resistencia.

Anna y Billy miraron al suelo y vieron senderos entrelazados que se adentraban en el bosque, hechos por ciervos, conejos y tejones.

—¡Vaya! Tienes razón, ¡mira cuántos hay! Sigamos éste —sugirió Billy. Empezó a avanzar por un desgastado sendero que parecía llamarlos para que lo siguieran.

—Siempre me he preguntado por qué se llama Bosque de la Cascada —dijo Anna mientras caminaban—. Nunca he visto una cascada por aquí, y este bosque es plano como una tortita.



—Quizá por la misma razón por la que nuestro bar se llama El Gigante Verde —dijo Billy—. Tan sólo suena bien. La verdad es que nunca he visto un gigante verde... o gigante alguno, en realidad.

No muy lejos, en el bosque, llegaron a un enorme roble viejo y nudoso que tenía una gran cicatriz negra en medio de su tronco.

—¿Cómo pudo haberse quemado así?
—se preguntó Billy.

—Fue golpeado por un rayo, pero parece que sucedió hace mucho tiempo —supuso Jimmy—. Creo que se ha mantenido en pie porque es un árbol muy viejo, mira lo ancho que es.

Él se giró hacia el árbol e hizo algo que Anna y Billy no se esperaban...

¡Le dio un fuerte abrazo de oso!

Billy rio.

—¡Jimmy! ¿Qué estás haciendo?

—Tienes que abrazar a un árbol cuando es así de viejo. ¡Es genial! —dijo Jimmy—. Vamos, ¡intentadlo!

Anna y Billy se miraron y se encogieron de hombros. *¿Por qué no?*

